

1. Referencias clásicas grecolatinas

Durante el siglo XVII, tras el éxito que supuso la recuperación del interés por los modelos clásicos de la cultura europea durante el Renacimiento, se reinterpretó el ideario de la Antigüedad (Garin, E., 1981 y Bouwsma, W., 2001). El estudio de este bagaje cultural quedó en manos de una burguesía erudita que crecía inmersa en los estudios contemporáneos de su época y las formulaciones de los autores grecolatinos. Faret, como ya señalamos, fue educado en ese ambiente burgués culto bajo la protección de nobles y de la mano de magníficos maestros. Y es que así se refería este autor a los Grandes de la Antigüedad (Ambrosio de Salazar, 1633: XIV-a):

Parece que los que tienen este don de encontrar así sobre muchos sujetos tienen algo de divino o algún genio particular que levanta a cada golpe su alma por encima de la materia. Y cierto sea que haya algunas veces de la dicha y que la fortuna se mezcle hasta esta manera de juego que dirían de ser todo de hecho exento de su jurisdicción. Si es que casi siempre se deben los que tiene gracia de servirse ser adornados en mesmo tiempo de las más raras calidades del espíritu. No hay muchos grandes personajes en la Antigüedad de que no nos queda el día de hoy apotemas y nuestro siglo puede producir algunos que demás desta facultad de la imaginación tiene aún las otras partes del alma de una tan perfecta templanza que los han juzgado capaces de todas maneras de empleos los más dificultosos. Los unos en los ejércitos, los otros en las negociaciones forasteras y generalmente en las cosas más importantes del Estado.

Magendie (1970: XII) afirma que gran cantidad de autores, al igual que Faret o su traductor Ambrosio de Salazar, se dejaron influir por ellos de manera notable, tanto en aspectos generales como más concretos. Este aporte de ideas clásicas supuso tocar temas indispensables y otros no tan esenciales, pero bien detallados y documentados. En la obra de Faret se constata una

presencia general de la filosofía aristotélica, de las obras de Plutarco y de las de Cicerón. Según Magendie (1970: XII-XIV), Faret citará a estos tres autores de una forma genérica e incluso toma muchas ideas suyas sin ni siquiera citarlos en el texto. De su mano desarrolla un gusto por la virtud derivado de obras de carácter moral que darán un carácter ético a los planteamientos desarrollados en el tratado. Se aprecia así gran sintonía entre la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles (siglo IV a. C.) y el texto de Faret¹. Así se refiere a él en su *Hombre honesto* al tratar de *Las ciencias que un hombre honesto no debe ignorar*, y *De cuestiones de Filosofía* (Ambrosio de Salazar: 1633, IV-g):

Crean lo que quisieren, yo estimo que sin que sea necesario de irse a marañar en todas las pependencias de la filosofía, que consumirían por ventura inútilmente la edad entera de un hombre que aprovecharía más de estudiar en el gran libro del mundo que en Aristóteles, basta que haya una mediana tintura de las más agradables cuestiones que se menean algunas veces en las buenas compañías. Yo lo amo más tanto cuanto empapado de diversas ciencias que macizamente hondo en una sola, pues que es verdad que nuestra vida es muy corta para parvenir a la perfección de las menores de todas las que se nos proponen, y que quien no puede hablar sino de una cosa, es obligado callar muy a menudo.

O cuando se refiere al ‘reposo de los sabios’ (Ambrosio de Salazar, 1633, VI-f):

¿Cuánto más dulce y más sosegada es la vida de los sabios que tienen primeramente la paz consigo mismo y la saben entretener con todo el mundo? Aquellos (dice Aristóteles) son dioses entre los hombres y, si se permite por las

¹ En el año 1553 era publicado en París la obra *Ethiques d'Aristote stagirite à son fils Nicomache, nouvellement traduites de Grec en françois*, por el gentilhombre Le Plessis asentado en la *maison* de Monsieur le Conte d'Aran. Y es que las obras clásicas a las que ya casi no prestaba atención la nobleza del XVII en Francia, un siglo antes eran de uso común en todos los ambientes cortesanos, que basaban en esa filosofía muchas de las conductas morales que mantenían.

palabras el atrevimiento, se puede decir que Dios es un sabio eterno y que el sabio es un dios por un tiempo.

Peter Burke (1998: 25) al referirse a la influencia de la *Ética a Nicómaco* en los ideales del cortesano perfecto de Castiglione, considera indudable el parentesco entre el ideal de magnanimidad (*megalopsychia*) descrito por Aristóteles y la conducta de Aquiles o de Héctor, héroes a los cuales se tiene por ideal de conducta noble, siendo citados por ello tanto por el tratadista italiano como por Faret cuando nos hable de las virtudes de los hombres y mujeres justos y rectos. El autor griego (Aristóteles, 1993: 4.3.34) entiende al magnánimo como un hombre inteligente que muestra esta virtud con orgullo ante los demás. Además demuestra esta inteligencia con valor, liberalidad y la práctica de la ‘magnificencia’, que define como la mejor manera de gastar grandes sumas de dinero. A su vez, afirma que un hombre con esta virtud conserva su dignidad con un caminar lento y silencioso. ¿Influyó este contacto de Castiglione con Aristóteles en Faret a la hora de citar al filósofo heleno? El ideal de prudencia queda definido como virtud gracias a la obra del autor clásico. Por el contrario, para todos los tratadistas de la Modernidad el coraje era un reflejo de temeridad mientras que la liberalidad se convertía en parsimonia y extravagancia (Burke, 1998: 26). Es por ello que todo noble debía buscar el equilibrio entre las diferentes fuerzas dentro de una sabia tradición ética resquebrajada por los conflictos. Lo estético y lo bello deben ir acompañados por un comportamiento ético, como afirma Burke (1998: 47), derivado de la tradición de Ovidio y de Aristóteles.

Atendiendo a Hans Baron (1966), es posible acercarse a la figura de Ovidio. El griego ofrece una visión frívola y cínica del mundo aristocrático romano frente al tono más grave y moral de Séneca. Ovidio enseñará a los jóvenes el ‘arte de amar’ o el saber presentarse en público. También les acercará al concepto de ‘elegancia’ (*munditia*) y al de la ilusión y la espontaneidad, que no es sino ocultar el arte en sí mismo. Todos estos matices se pueden apreciar en

la obra de Nicolas Faret, quien se inspira tanto en Aristóteles como en Ovidio, Séneca o Plutarco.

Las *Obras morales* de Plutarco se dejarán notar de una manera esencial en el texto del *Hombre Honesto*. Por otra parte, los *De officiis* y el libro titulado *De amicitia*, ambos de Cicerón, esconden en muchas ocasiones las referencias directas de los datos tomados de *El Cortesano* de Castiglione². Cicerón toma el relevo de Aristóteles en Roma y vuelve a señalar la medianía como cualidad y virtud en su *Orator*, a la vez que desarrolla todo un ensayo de la educación moral en su *De officiis*. En esta obra el decoro implica autocontrol, el triunfo de la razón sobre las pasiones y la autoconciencia, que evita caer en los extremos de la vida, el blando o el rudo. Sobre la presencia que debe manifestar el cortesano en público, Faret aconseja tomando como referencia la obra de Cicerón (Ambrosio de Salazar, 1633: XVI-h):

El primer cuidado que debe tener el que quiere comunicar los gabinetes y los estrados y arrojar en el entretenimiento de las mujeres es de hacer su presencia agradable. Porque la primera cosa que ellas consideran en un hombre es su garbo y la acción exterior que Cicerón llama la ‘elocuencia del cuerpo’. No la divide sino en dos partes, el gesto y la voz. Pero al sujeto que tratamos conviene añadir el hábito y la composición del cuerpo mesmo que debe ser de una estructura bien formada y bien proporcionada o a lo menos que no haya nada que de llegada arroje los ojos de los que la miran.

En cuanto a Plutarco, Faret se apoya en él por ejemplo a la hora de asegurar que la virtud de las mujeres es la misma que la de los hombres, haciendo referencia de esta forma a personajes clásicos como Simiramis, Sesostris, el

² Para Faret, Plutarco no ha escrito una historia global pero sí partes del todo que la conforma. Por ello merece servir de ordinario entretenimiento para los que desean entretener a los Grandes, debido a que su juicio está tan limpio que arrolla de todos lados luces capaces de esclarecer, según el autor, los más toscos entendimientos y abrir un fácil camino para guiar a la Prudencia y a la Virtud. (Ambrosio de Salazar, 1633: XVII-g, líneas 3-5)

rey Servius, Brutus, Aquiles y Ajax o Ulises, Néstor, Irene, Cornelia y un largo etcétera (Ambrosio de Salazar, 1633: XVII-g, líneas 1-7):

Pero es su virtud propia que respetamos, la cual tiene aún más encantos para hacerse admirar que está acompañada de las Gracias y como esclarecida de los rayos de la hermosura. En efecto ella no es en nada diferente a la de los hombres y Plutarco a causa de obstinarse y sostener que ella es la misma y probarlo, como hace, por un gran número de ejemplos donde parece que quiera poner en comparación las más altas acciones de los hombres con las de las mujeres y conferir sus vidas como cuadros trasladados de una misma mano sobre un mismo original.

De forma más concreta, Séneca será calificado como excelente cronista al tratar las 'calidades del espíritu' (Ambrosio de Salazar, 1633: IV). Gracias a él, Faret desarrollará toda su teoría de la liberalidad (Ambrosio de Salazar, 1633: VII-e). Tomará en ese momento como propias las recomendaciones del arte de hacer regalos ya desarrolladas por el autor clásico en el libro primero de su *De beneficiis*. Según Toldo (1900) Faret simplemente traducirá a Séneca sin ofrecer conclusiones propias sólidas y bien encajadas en el resto del desarrollo temático de su obra. Séneca aporta una filosofía moral rígida y seria que ejemplariza la constancia como suprema virtud de la autodisciplina. De esta manera el sabio sabe sobreponerse a los reveses de la fortuna mediante una paz interior que le otorga tranquilidad y carácter frío. Es por ello que su escuela recibiera el término de 'estoica', defensora de un sufrir sin lamentarse (Séneca, 1994). El pensamiento de este español sito en la corte imperial de Nerón quedaría plasmado en gran medida, tal como afirma Burke (1998: 144), en la obra de Gracián. Ahora bien, es importante considerar las diferencias temáticas y de análisis del mundo cortesano existentes entre Faret y Gracián, (Aubrun, 1958: 7-26) para llegar a comprender la manera superficial en que Faret se referirá a los pensamientos de Séneca.

Junto a estos cronistas también aparece mencionado Lucrecio, que sirve de base a Faret para su teoría del amor³. Siguiendo al clásico, el francés señala cómo los amantes transforman en cualidad cada falta del amado y recomienda a su hombre honesto ser sincero con su amante y objetivo con el comportamiento del mismo para no caer en mayores peligros y precipicios. Estos consejos, por otra parte, se desarrollan ampliamente en la novela *La princesa de Clèves*, de Madame de La Fayette (1672), autora que de manera magistral aborda el tema del amor, el matrimonio y los juegos y aventuras de los amantes de las Cortes francesas del siglo XVII.

Entre otros cronistas a los que Nicolas Faret cede varios párrafos de su tratado se encuentran Heródoto, del que afirmará que tiene gracias tan encantadoras en su lenguaje que da hasta a las Fábulas la autoridad de la Historia; Tucídides, que según el autor es grave y abundante en sentencias, apretado en su estilo, elocuente en sus razonamientos y sano en sus juicios, o Jenofonte, más agradable y fiel, y que en sus obras consigue enseñar a los pueblos a obedecer y a los príncipes a reinar. Esta última influencia, como afirma Burke (1998: 26) se consolidó entre las elites humanistas a raíz de la lectura de su obra *La ciropedia* o la *Educación de Ciro*, rey persa que el griego nos presenta como paradigma de virtudes aristocráticas, control y decoro. Asimismo, Faret se referirá a Polibio, que aunque no se presenta tan puntual como Tucídides, no le es menos provechoso.

De entre los latinos alaba a Tácito, que según su parecer ocupa el primer lugar, así como a Tito Livio, que mantenía una gran vigencia y actualidad: “¿Quién puede mejor que él en tan pocas palabras comprender tantas cosas, y entre las espinas de la narración hacer florecer tanta gracia y majestad? ¿Qué hay en las costumbres que no reprenda, en los consejos que no revele, y en las

³ Son reseñables los trabajos referentes a la cortesía amorosa francesa de Collange (1995) y Schnell (1989 y 1992).

causas que no enseñe?”, se pregunta el tratadista (Ambrosio de Salazar, 1633:IV). Para Nicolas Faret, es cierto que:

Es admirable en una cosa a la cual dirían que no lo pensaba y hace excelentemente lo que parece no haber querido hacer, porque sin turbar nunca la orden y el seguimiento de las verdades que cuenta, no deja de mezclar los preceptos con una misma destreza que los que saben agradablemente confundir con el oro y la seda, las perlas y los diamantes. De manera que su libro no solamente es una historia, pero un campo fértil de consejos y una lección perfecta de sapiencia. Es verdad que como es agudo, penetrante y cerrado conviene también a los que lo leen una inteligencia viva y sutil por no hallar esta oscuridad de que algunos lo han reprendido. (Ambrosio de Salazar 1633, IV-p).

Tácito, según Peter Burke (1998: 143), se halla muy cercano al pensamiento posterior de tratadistas como el francés De Refuge, y lejano del de Castiglione, ya que describía la Corte como un lugar cargado de peligros y corrupciones en el cual el individuo debía medrar por sí mismo lleno de desconfianza. Iguales recomendaciones le haría la señora de Chartres a su hija, que sería llamada Princesa de Clèves, en el momento de entrar en los salones de palacio (La Fayette, 2000: 105-07).

Junto a Tácito, Salustio o Tito-Livio⁴, César y Quinto Curcio serán fuentes de inspiración en la obra de Faret, y así los cita él mismo cargándolos de elogios. De otros no es seguro que fueran leídos por el francés, y simplemente nos afirma que han aparecido de siglo en siglo y que aunque hayan sido buenos “*antes sirven para contentar a la curiosidad de los que gustan de las*

⁴ “*Por la grandeza y la majestad de la historia, por la limpieza y la amplificación de las narraciones y por la entera elocuencia de los razonamientos es el primero [Tito-Livio] de todos. Pero es más estéril y enseña antes por la multitud de los ejemplos que por la abundancia de los juicios.*” (Ambrosio de Salazar, 1633: IV-r)

historias que a enseñar la sabiduría y a cultivar la prudencia” (Ambrosio de Salazar ,1633: IV-u).

Faret tendrá presente en el desarrollo de su obra a autores como Epicteto o Cretes de Tebas, de los que debió conocer fragmentos de sus obras a través del *Florilegium* de Stobée (Magendie, 1970: XIV). Así mismo, posee una referencia a Homero cuando desarrolla el tema del rey Agamenón y el sitio a Troya de los griegos en su párrafo dedicado a las *Ordinarias impertinencias de los grandes habladores* (Ambrosio de Salazar, 1633: XI-I).